

4. Fragmentos

“Sobre el duelo”

1. “Los mandatos de la cultura igbo, este salto inmediato desde el dolor a la planificación.
2. El otro día mi padre nos hablaba por Zoom y hoy, en otra llamada por Zoom, se
3. supone que debemos hacer planes. Planear significa apaciguar los egos de la iglesia y
4. los grupos tradicionales y fijar una fecha aprobada por todos para el entierro, que no
5. puede coincidir con el Festival del Nuevo Ñame ni con ninguna otra ceremonia de la
6. comunidad, y que tiene que caer en viernes, porque el párroco solo entierra a los
7. ancianos los viernes. Pero lo más importante es la «liquidación», eso que llaman en
8. inglés clearance. La liquidación da fe de lo fuerte y profundamente que persiste la
9. cultura comunitaria igbo. Implica pagar todas las cuotas pendientes al grado de edad,
10. a la asamblea local, al pueblo, al clan, el umunna; de lo contrario, boicotearán el
11. funeral. Hacer el vacío a un funeral supone una amenaza grave. Para la mayoría de los
12. igbos, al menos para los de la generación de mi padre, verse privados de un funeral
13. como es debido despierta un miedo casi existencial. Es habitual oír historias de familias
14. en duelo indignadas por la manipulación de los grupos del pueblo, que piden dinero
15. aprovechando su única ocasión para ejercer un mínimo poder. Mi padre era cumplidor,
16. de modo que Okey se dedica a buscar todos los recibos. Las listas de lo que cada
17. grupo espera de nosotros son largas: los grados de edad, la umuada, la asociación
18. tradicional de mujeres del pueblo, los grupos católicos, el consejo de jefes, los
19. miembros del cuerpo de vigilancia que protege la aldea. Cuántas arroceras se
20. necesitarán, si se ofrecerá un pollo o una cabra, cuántas cajas de cerveza. Miro las
21. listas con recelo. No es una puñetera fiesta. Me da igual cómo vayamos vestidos, o lo
22. que cocine el servicio de comidas, o qué grupos vengan y cuáles dejen de venir,
23. porque yo sigo hundiéndome. Pero tiene que importarme; a mi padre le importaban
24. esas cosas. «Piensa en lo que habría querido papá», me dice mi hermano Chuks para
25. confortarme. Mi abuelo murió en la guerra de Biafra, en un campo de refugiados,
26. enterrado en una tumba anónima, y una de las primeras cosas que hizo mi padre tras
27. la guerra fue organizarle una ceremonia fúnebre. Y por eso trato de recordarme que a
28. mi padre le habría gustado hacer las cosas según la costumbre. Cuando nacieron mis
29. hermanas Ijeoma y Uche, durante la estancia de mi padre en Berkeley en los años
30. sesenta, mis padres decidieron hablarles solo en igbo. «Sabíamos que aprenderían
31. inglés y no podíamos imaginar que nuestras hijas no hablaran nuestra lengua», me
32. explicó mi padre. Mis hermanos y yo crecimos con un fuerte sentimiento de ser igbos y,
33. si era orgullo, entonces era un orgullo tan orgánico, tan inevitable, que no necesitaba
34. llamarse orgullo. Simplemente éramos igbos. Hay mucha belleza en la cultura igbo,
35. y también mucho sobre lo que discrepo, y no es el carácter festivo de los
36. funerales igbos lo que me desagrada, sino lo pronto que se celebran.
37. Necesito tiempo. De momento, quiero sobriedad. Una amiga me manda
38. una cita de una novela mía: «La pena era una celebración del amor,
39. quienes sentían auténtica pena habían tenido la suerte de amar». Qué
40. extraño que me resulte exquisitamente doloroso leer mis propias palabras”

“El chico sucio”

1. El estacionamiento donde había aparecido el chico decapitado no quedaba en el

2. recorrido que el chico sucio y yo habíamos hecho esa noche. ¿Y lo de San La Muerte?
3. Casualidad. Lala decía que el barrio estaba lleno de devotos de San La Muerte, todos los
4. inmigrantes paraguayos y la gente de Corrientes eran fieles del santito, pero eso no los
5. convertía en asesinos; ella era devota de la Pomba Gira, que tiene el aspecto de una
6. mujer demonio, con cuernos y tridente, ¿y eso la convertía en una asesina satánica?
7. Claro que no.
8. —Quiero que te quedes unos días conmigo, Lala.
9. —Pero claro, princesa, yo misma me preparo mis aposentos.
10. A Lala le encantaba mi casa. Le gustaba poner música bien alto y bajar las escaleras
11. lentamente, con su turbante y un cigarrillo, una mujer fatal negra, "soy la Joséphine
12. Baker", decía, y después se lamentaba por ser la única travesti de Constitución que tenía
13. la remota idea de quién era Joséphine Baker, no tenés noción de lo brutas que son
14. estas chicas nuevas, ignorantes y huecas como una cañería. Cada vez vienen peor. Está
15. todo perdido. Me costaba caminar por el barrio con la seguridad de antes del crimen. El
16. asesinato de Nachito había ejercido un efecto casi narcótico en esa zona de
17. Constitución. De noche no se escuchaban peleas, los dealers se habían mudado unas
18. cuadras más al sur. Había demasiada policía custodiando el lugar donde se había
19. encontrado el cuerpo. Que decían los diarios y los investigadores, no había sido la
20. escena del crimen. Alguien lo había depositado, ya muerto, en el viejo estacionamiento.
21. En la esquina donde solían dormir el chico sucio y su madre, los vecinos
22. hicieron un altar para el Degolladito, como lo llamaban. Y pusieron una
23. foto que decía "Justicia para Nachito". A pesar de las aparentes buenas
24. intenciones, los investigadores no se creían del todo la commoción del
25. barrio. Al contrario: pensaban que estaban encubriendo a alguien. Por eso
26. la fiscal había ordenado interrogar a muchos vecinos. A mí también me
27. llamaron a declarar. No le avisé a Lala para que no se desesperara. A ella
28. no le había llegado la notificación. Fue una entrevista muy corta y no
29. dijeron que pudiera servirles. Esa noche había dormido profundamente.
30. No, no escuché nada. Hay varios chicos de la calle en el barrio, sí. Me
31. mostraron la foto de Nachito. Negué haberlo visto. No mentía. Era
32. completamente distinto a los chicos del barrio: un gordito con hoyuelos y
33. pelo bien peinado. Jamás había visto a un chico así (¡y
34. sonriente!) por Constitución. No, nunca vi altares de magia negra en la
35. calle ni en ninguna casa. Solamente del Gauchito Gil. Por la calle Ceballos.
36. ¿Si sabía que el Gauchito Gil había muerto degollado? Sí, todo el país
37. conoce el mito. Yo no creo que tenga que ver con el Gauchito, ¿ustedes sí?
38. No, claro, no tienen que contestarme nada. Bueno, como sea, yo no creo,
39. pero no sé nada sobre rituales.